



¿QUÉ SISTEMA EDUCATIVO NECESITA EL PERÚ DEL SIGLO XXI?¹

Pablo Quintanilla - Decano - EEGLL

A comienzos del siglo XVIII, Escocia era probablemente el país más pobre de Europa occidental. Sin embargo, para 1750, los escoceses tenían el nivel de analfabetismo más bajo de Europa, de aproximadamente 25%; tenían el mejor sistema universitario de ese continente y, aunque eso pueda ser más discutible, quizá de todo el mundo.

Solo por recordar algunos nombres que procedieron de ese período, uno podría mencionar a David Hume y Francis Hutcheson, dos de los más grandes filósofos de cualquier época; a Adam Smith, uno de los padres de la economía moderna así como pensador de las ciencias sociales y morales; a Thomas Reid, uno de los filósofos más innovadores de ese período; y a sir Walter Scott, el fino escritor y poeta. Se podría continuar mencionando nombres, pero sería innecesario.

El sistema universitario escocés llevó a cabo un cambio radicalmente novedoso, pues consideró deseable educar a todas las clases sociales, lo que generó un sistema meritocrático en el que el hijo de un campesino podía tener la misma educación que el hijo de un banquero. Eso nunca se había hecho, porque la educación estaba en manos de los grupos más afortunados, quienes consideraban riesgoso educar a los pobres, ya que ello podría tener como consecuencia la necesidad de competir con ellos. Esto produciría mayor movilidad social y, por tanto,

haría que la vida fácil se pudiera hacer dura. Ese sistema educativo no se estableció en Inglaterra; por el contrario, mientras Escocia era, para la época, el paradigma de la movilidad social y la meritocracia, Inglaterra lo era del inmovilismo social y de la brecha entre clases, que solo se atenuó después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero ¿cómo hicieron los miembros de la llamada *Scottish Enlightenment* para merecer estos elogios? Por una parte, mantuvieron una tradición de fomento y respeto a la libertad intelectual, solo comparable con Holanda, donde se permitía investigar prácticamente cualquier tema, con la certeza de que, si la investigación es buena, no nos alejará de la verdad sino que nos acercará a ella. Muchos años después, a comienzos del siglo XXI, el filósofo estadounidense Richard Rorty estableció un principio que debe guiar nuestra vida académica: "Usted cuide la libertad, que la verdad se cuidará a sí misma". En efecto, mientras haya libertad para leer, estudiar e investigar, la verdad se irá revelando progresivamente, pues es imposible ocultarla. La mejor manera de impedir el conocimiento de la verdad es intentando protegerla mediante mecanismos de censura. En el siglo XVIII, los intelectuales que no querían ser perseguidos por sus ideas, como Descartes o Spinoza, tenían que huir de sus respectivos países, donde su lectura estaba prohibida, y se instalaban en Holanda y, en menor medida, en Escocia, donde no solo no se les inco-

modaba por lo que pensarán, sino que se les protegía de sus perseguidores.

Lo segundo que hicieron los escoceses, y que permite que ahora los recordemos con respeto, fue desarrollar un sistema educativo meritocrático que tuvo como objetivo formar, con niveles de excelencia, a todos los estratos sociales, no solo a las élites económicas más poderosas, como ocurría en toda Europa y como había venido ocurriendo desde la creación de la Academia platónica y el Liceo aristotélico de Atenas, probablemente las instituciones de educación e inves-

...el filósofo estadounidense Richard Rorty estableció un principio que debe guiar nuestra vida académica: "Usted cuide la libertad, que la verdad se cuidará a sí misma".

tigación precursoras de los que posteriormente serían los primeros centros académicos.

Como es sabido, desde que existen sociedades con estratos sociales diferenciados en función de criterios económicos, la educación ha estado en manos de los grupos más favorecidos. Esta ha tendido a perpetuar las diferencias sociales y económicas, no solo manteniendo en la ignorancia a los grupos más pobres, con lo cual se impide tácitamente su ascenso social y su participación en las decisiones políticas colectivas, sino también

elaborando complejas justificaciones ideológicas sobre por qué es necesario y conveniente que así sea.

Es lamentable tener que reconocer que la sociedad peruana, en términos educativos y universitarios, está en peores condiciones que Europa hace trescientos años. El peruano pobre pasa los primeros años de su vida malnutrido y, por ello, su cerebro no se desarrolla con su mayor potencial. Ya que estudia en un colegio estatal con mínimos recursos, normalmente no puede acceder a una universidad y, en consecuencia, no consigue un trabajo competitivo, de forma que permanece tan pobre como los fueron sus padres y sus abuelos.

Un niño criado en una familia económicamente holgada, por el contrario, estará bien alimentado, asistirá a un nido que reforzará sus habilidades, estudiará en un colegio que le permitirá acceder a buenas universidades y, como lógica consecuencia, podrá conseguir un trabajo bien remunerado. Así se perpetuará la brecha entre pobres y ricos, casi independientemente del talento natural que tengan los jóvenes y del empeño que hayan puesto en su trabajo. Sin duda, hay excepciones, pero no se negará que esta es una regularidad que vale para la mayor parte de peruanos.

Por eso, es de urgencia moral, política y hasta económica que, para el siglo XXI, la educación peruana se convierta en un verdadero instrumento de movilidad social que favorezca a los más talentosos y esforzados. El Perú debe tener un sistema educativo meritocrático, en el que los jóvenes más trabajadores e inteligentes tengan una educación con estándares internacionales. Por lo menos en lo que respecta a las universidades, y en contra de lo que suele creerse, eso es perfectamente realizable. Con un buen sistema educativo, muchos países lograron salir de la pobreza. Impartir una educación universitaria de calidad que fomente la movilización social es tarea del Estado. El Estado peruano

Las buenas universidades, privadas o públicas, deben ejercer un liderazgo social que nos enrumbe en el camino de un desarrollo integral y equitativo.

está en perfectas condiciones para hacerlo; si no se hace, es porque no existe el interés, no porque no se pueda.

El Perú del siglo XXI será totalmente diferente al del siglo XX. La diferencia principal radicará en la gran movilidad social que observaremos y en una significativa recomposición de la propiedad, así como en una necesaria y valiosa integración de grupos sociales que anteriormente se encontraban compartimentalizados. Los sectores sociales emergentes tomarán un liderazgo inédito. En un país con aquellas características, será fundamental que todos los sectores sociales y económicos tengan una educación integral y de excelencia, que no solo los convierta en buenos técnicos y profesionales, lo cual es relativamente fácil de hacer, sino en personas cultas que estén en condiciones de transmitir y preservar un legado cultural que, en nuestro país, es milenario. Esa educación deberá, asimismo, estar suficientemente actualizada como para insertar a nuestra cultura ancestral en un mundo globalizado y muy competitivo. ¿Quién se encargará de formar a esas nuevas generaciones de peruanos?

En nuestro país, dado que el Estado no toma una decisión clara de apostar por la educación superior, invirtiendo en la formación de académicos e investigadores y construyendo un sistema eficiente de acreditación educativa, son las universidades privadas las que deben hacerlo. Tarde o temprano el Estado entenderá que es imposible el desarrollo sin educación de calidad. Cuando lo entienda y lo tome en serio, ten-

drá que invertir recursos, creatividad y energía en las universidades públicas. Pero mientras eso no ocurra, las universidades privadas deben reconocer su responsabilidad social en educar con estándares internacionales a personas de todos los estratos sociales y de todos los rincones del Perú, y permitir la movilidad social en función al esfuerzo y el talento. Son ellas, asimismo, las que deben invertir en investigación y publicación de calidad. Las buenas universidades, privadas o públicas, deben ejercer un liderazgo social que nos enrumbe en el camino de un desarrollo integral y equitativo.

Son pocas las universidades del país que han tomado en serio su obligación moral para con la sociedad. Una de ellas es la Universidad Católica y, en este caso, Estudios Generales Letras. Nuestra Facultad se propone formar, con una mirada profunda y de largo plazo, a quienes liderarán el Perú a lo largo del siglo que comienza. La nuestra es una educación para la toda la vida y para todos los aspectos de la vida. Formamos excelentes profesionales pero, además, formamos seres humanos completos que, a su vez, transmitirán la tradición profesional e intelectual de una generación a otra, así como preservarán un legado que tiene miles de años y del que nosotros somos un producto directo.

¹ Otras versiones de este texto fueron publicadas por el autor en sitios de Internet.

